VIVIANA RIVERO

Mujer y Maestra
en un mundo de hombres

El Emporio
Ediciones

A mis hijos Victoria y Cristóbal
Porque sé que en sus corazones vive el fuego
de los sublimes ideales que impregnan este libro.
Esa antorcha que al saberla en sus manos me hace
creer que es posible un país mejor... un mundo mejor.

Prólogo

"Las maestras de Sarmiento"

Entre 1869 y 1898 llegaron a la Argentina directamente desde los EE.UU. 65 docentes, 4 hombres y 61 mujeres, todos con la misma misión: extender la educación en un país donde ésta faltaba. Este grupo, en su mayoría femenino, influyó de gran manera en la enseñanza argentina. Su arribo fue el resultado de una exhaustiva labor llevada adelante por el gran educador y también presidente argentino Domingo Faustino Sarmiento.

El primer mandatario había sido designado en su cargo con gran apoyo popular, por lo que se sentía en libertad de proponer cambios a la hora de dirigir el país. Y siguiendo este camino es que implementó profundas transformaciones en la educación. Estas ya estaban en su mente como resultado de sus viajes de investigación: aunque primero había puesto la mira en Europa, luego la terminó relegando ya que de allí regresó decepcionado. No había encontrado en el viejo continente un modelo educacional a seguir.

Pero en sus dos posteriores viajes a los EE.UU. y en sus encuentros con Horace Mann (preponderante educador norteamericano) y su esposa Mary Peabody se sintió influenciado en gran manera. Lo que en esa nación había visto le agradaba como modelo: educación al alcance de todos, un pueblo donde todos leían el diario y poseían un reloj. Escuelas para mujeres donde se practicaba actividad física como parte necesaria para un desarrollo equilibrado; y donde se las preparaba para ser maestras de escuelas en un tiempo en el que el papel de las damas era relegado sólo a la casa. Contaba maravillado cómo las trabajadoras de las hilanderías Lowell, bien vestidas y educadas, se dedicaban en sus ratos libres a estudiar en la biblioteca del lugar. Sarmiento había expresado so-

bre esa nación: "Veinte millones de habitantes, todos educados, leyendo, escribiendo, y gozando de derechos políticos...".

En síntesis, la impresión de la educación y su rápida extensión había sido tan profunda que los problemas raciales que EE.UU. tenía en ese momento le habían parecido una menudencia que pronto sería salvada en alas de la educación.

Durante su visita a Norteamérica, el gran educador, luego de una serie de visitas a colegios, universidades y encuentros con personalidades dedicadas a la instrucción pone en marcha el plan de reclutar maestras norteamericanas para que vengan y enseñen en Argentina, dentro del nuevo modelo de escuelas normalistas. Apartándose por primera vez la Argentina del viejo modelo instaurado por los jesuitas de religión unida a educación.

El grupo de mujeres comienza a llegar y se instala en nuestro país. Empiezan a ser nombradas en los cargos de las nuevas e importantes escuelas. Y la admiración de algunos sectores por el cambio que traen no se hace esperar, como así tampoco la oposición de otros, sobre todo de los más tradicionales, que ven en este tipo de educación, libre de preceptos católicos y a cargo de profesoras protestantes, un gran peligro.

Y en medio de las transformaciones, la sociedad argentina queda dividida entre los vientos liberales que apoyan a "las maestras de Sarmiento", como se las llama, y los sectores que les declaran la guerra.

En algunos lugares como la tradicional ciudad de Córdoba (influenciada desde sus inicios por los jesuitas) la guerra llegará al punto de rispidez que por conversaciones de las maestras y directoras del colegio normal con el enviado papal, Argentina romperá relaciones con el vaticano durante 15 años, exigiendo el presidente de la nación la documentación al nuncio y su rápido retiro del país. Es decir, expulsándolo.

Pero estas mujeres norteamericanas embarcadas en la aventura de enseñar no sólo terminarán influenciando la educación en

sí misma, sino que influenciaron las vidas tanto de alumnas, como de la generación venidera de maestras argentinas.

Muchas de estas maestras terminaron quedándose para siempre en nuestra tierra, fundaron familias y trabajaron hasta ancianas en el sistema educacional argentino, dejando en él una huella indeleble.

Argentina llegó a ser, con el paso de los años y gracias a la instauración normalista liderada en los primeros años por las maestras norteamericanas, el país que mayor asistencia escolar tendría en Latinoamérica, aun más alto que el de algunos países europeos.

Esta novela trata de una maestra argentina, cuya vida está ligada, unida, a la de su colega norteamericana. Y cuenta cómo ambas vivieron la lucha que se le hizo al Colegio Normal de Córdoba, fundado en el año 1884 y que hoy se encuentra enhiesto y firme en la avenida Colón, repleto de alumnos festejando sus 125 años.

CAPÍTULO 1

Poderes y disputas

Los experimentos en política significan revoluciones.
Benjamin Disraeli

Ciudad de Córdoba - Septiembre de 1884

Las dos jóvenes mujeres cruzaron la calle y comenzaron a escuchar la voz del rezador que cantaba trisagios en la casa de los Martínez. El sol de la tarde caía sobre las sencillas construcciones de la cuadra.

Ya en la vivienda, no necesitaron golpear, la puerta estaba abierta de par en par. Desde la entrada se alcanzaba a ver el cadáver del niño puesto sobre la mesa del humilde comedor y la gente comiendo empanadas a su alrededor.

Mercedes observó de reojo a Frances Wall, y al ver la desazón de ésta frente a la imagen decidió alertarla:

–No se asuste, miss, los velorios de los angelitos son así.

La norteamericana, que intentaba conservar su fortaleza, contestó con una seña de asentimiento y Mercedes la tomó del brazo con decisión para ingresar juntas a la morada.

La madre del niño las distinguió entre los demás, sus cabellos claros y sus vestidos arreglados sobresalían:

–Maestra Frances... maestra Mercedes...

–Pochita... –la saludó Mercedes.

–Señorita... mi hijito se nos fue. Tres días luchó pero se le acabaron las fuerzas, todo fue sufrimiento, debería haber visto su carita... pero ahora... ya es angelito.

Las maestras entendían su sufrimiento, sabían cuánto amaba la mujer a su único hijo varón, de sólo cuatro años; siempre les hablaba de él cuando las cruzaba en el colegio mientras limpiaba las aulas.

–Lo siento tanto Pocha... tanto –dijo miss Wall acongojada.

Mercedes, con los ojos llenos de lágrimas, miró a la madre, y comprendiendo lo que se esperaba debía pronunciar exclamó:

–¡El angelito, ya está en el cielo!

El semblante de Pocha se desdibujó de dolor y a punto de comenzar el llanto se contuvo: ella no debía llorar, al fin y al cabo esa era una noche de fiesta, su hijo era ahora un ángel.

Las tres se acercaron al cuerpo sin vida de Danielito. Llevaba ropa blanca y a su alrededor la mesa estaba cubierta de flores artificiales; a la altura de los brazos, dos pedazos de papel blanco semejaban las alas. Sobre él pendía del techo, a modo de cielorraso, una sábana blanca decorada con estrellitas de papel brillante.

Su madre lo miró con devoción y dijo:

–Mañana se lo prestamos a los Ramírez. Ellos lo necesitan, le pedirán al angelito un milagro para don Esteban. La sepultura se hará recién el jueves.

Frances Wall se escandalizó ante la idea de que el pequeño difunto fuera prestado a otra familia antes de ser enterrado. Mercedes, más acostumbrada a esta práctica de las clases bajas argentinas le dijo a la madre:

–Cuente con nosotras para lo que necesite, Pocha.

–Sí, lo que sea –agregó miss Wall.

–Muchas gracias, ahora pasen y únanse a nosotros. La madrina de Danielito hizo empanadas y el padrino trajo vino patero –dijo la madre señalando el patio de donde provenía el bullicio. Los padrinos, como era de esperar, se habían hecho cargo de la parte que les tocaba.

Por cortesía, fueron hacia el patio. Allí el clima era en verdad festivo; un músico preparaba su guitarra para comenzar con las canciones y tal vez, si esa noche los ánimos acompañaban, hasta hubiera baile. La familia Martínez debía considerarse privilegiada, al haber sido elegida por el destino para que su niño muriera antes de los siete años y pudiera convertirse en un ángel de Dios.

Los convidados comían y charlaban animadamente. Las dos maestras saludaron a algunos conocidos. Otros, de lejos, las miraron con desdén.

El colegio Normal recientemente inaugurado por el gobierno para formar maestras, que le quitaba preferencia a la iglesia católica en la educación, y la ley 1420, que erradicaba por primera vez los contenidos religiosos de los programas escolares, tenían a los cordobeses divididos a muerte. El propio Vicario Clara, por carta pastoral había prohibido el envío de niñas católicas a esa escuela; y esto le había valido la suspensión en su cargo por parte del gobierno y hasta una inminente acción judicial.

Miss Wall, maestra norteamericana, nombrada Vicedirectora del Colegio Normal, desde su comienzo en junio, por el Presidente Roca, en continuación de la política de Sarmiento, era uno de los blancos preferidos de la crítica.

Los cordobeses tradicionalistas se preguntaban: ¿para qué necesitamos una maestra norteamericana, para colmo de males protestante, enseñando en nuestras escuelas? ¿No le bastaba al gobierno con haber sacado la enseñanza religiosa de los colegios?

Los liberales, en cambio, festejaban con bombos y platillos la separación de enseñanza y religión, recientemente instaurada.

Hasta la joven Mercedes Castro, maestra y profesora argentina, católica de buena familia, caía en la volteada de las críticas. ¿Cómo era posible que una chica de cuidada educación apostólica romana apoyara este tipo de enseñanza nueva, impuesta por el gobierno, y se aventurara a servir de apoyo a las *maestras de Sarmiento*?, tal como llamaban popularmente a las docentes norteamericanas traídas por idea del educador.

Esa era la razón por la cual muchos ojos escrutaban a las dos jóvenes esa noche, en la colmada casa de la familia Martínez, en la ciudad de Córdoba.

Miss Wall no se amilanó y en la galería se dedicó convencer a una de las mujeres para que enviara a su hija al colegio que regenteaba, explicándole que no había ningún peligro espiritual en sus claustros.

Mercedes decidió entrar una vez más al comedor, quería rezar un rosario por el pequeño.

Ya en la sala, pudo sentir la presencia de la muerte más allá del disfraz de festejo. Y a mitad de sus plegarias, un recuerdo doloroso de su niñez la golpeó; la remembranza del velorio de sus padres, años atrás, se le hizo tan vívida que antes de terminar sus oraciones necesitó salir a tomar aire.

Mientras lo hacía, por la puerta del frente hizo su ingreso doña Teresa García, máximo exponente de las familias tradicionales de la ciudad de Córdoba, acompañada de dos sirvientas.

La sencilla Pocha Martínez y la aristocrática Teresa García se encontraban ligadas por un extraño vínculo. Dos años atrás, en el verano, el marido de Pocha había salvado la vida de uno de los hijos de doña Teresa durante una gran creciente del Río Primero. El niño, que jugaba distraído, no había visto venir la pared de agua proveniente de las lluvias en las sierras y el hombre, arriesgando su vida, lo pudo sacar de la correntada y ahora la señora García, como buena cristiana, venía a acompañar a la humilde mujer a pesar de las diferencias sociales que las separaban.

De lejos Mercedes alcanzó a escuchar la exclamación de doña Teresa:

–Pocha querida... ¡su hijo ya es un angelito! –unas pocas palabras más en tono bajo y algunos murmullos dolorosos de la dueña de la casa completaron el encuentro.

Luego, doña Teresa pasó al patio, donde la recibió el señor Martínez. Mientras charlaba con él descubrió a miss Wall y a Mercedes, a quienes miró durante un buen rato, hasta que decidida recogió sus faldas y se acercó a ellas.

–Buenas tardes, señoras.

–Buenas tardes –contestaron pasmadas y casi al unísono.

Las dos maestras conocían muy bien a la señora García: era una de las principales oponentes a la Escuela Normal cordobesa donde ellas trabajaban. La mujer había enviado una extensa carta al colegio instándolas a que se retractaran de semejante obra, y se había tomado el trabajo de ir casa por casa de las familias más importantes de la ciudad explicando que Dios no veía con agrado una escuela sin enseñanza religiosa, y aseverando que nadie que se preciara de cristiano podía enviar allí a sus niños.

A más, cada tarde, a la hora del gallo, se hacía llevar por su cochero hasta la casona de la calle Alvear donde funcionaba la escuela y allí, frente a la construcción, rezaba un rosario, rogándole al Jesús bendito que expulsara las huestes malignas de la ciudad, que ella veía representadas en ese edificio. En los primeros días había llegado escoltada por tres y a veces cuatros señoras de igual pensamiento; pero la vagancia y la comodidad de las mujeres había primado, y ahora sólo la acompañaba una de sus sirvientas.

La voz de Teresa dirigiéndose a las maestras se escuchó con claridad en el patio:

–Señoras, no sé que vínculo tienen ustedes con Pocha Martínez, pero la Providencia me ha hecho encontrarlas en este lugar, así que no ahorraré palabras para lo que tengo que decirles.

–El vínculo que nos une a la señora Martínez, es que ella es la encargada de limpiar nuestra escuela, y ya me imagino cuál es el tema que desea tratar, pero este no me parece el mejor lugar –contestó miss Wall, comenzando a impacientarse.

–Cualquier lugar es bueno cuando se trata de reparar un error, como es esa escuela sin principios religiosos que ustedes están llevando adelante... de la que ahora también es parte Pocha. ¿Y se puede saber a cuánta gente más piensan enredar en ese perverso proyecto? –exclamó irreverente.

Mercedes pensó que era hora de intervenir, lo mejor era hablar de cordobesa a cordobesa, a veces a miss Wall, cuando estaba nerviosa, se le mezclaba el inglés con el español.

–Señora García, no deseamos que nadie deje sus creencias religiosas. Nuestro colegio es simplemente eso, un colegio. Un lugar de enseñanza. Para lo religioso está la casa, y la iglesia.

–No sea atrevida, señorita Castro, las enseñanzas de Dios deben impartirse en todos lados: casa, iglesia y colegio.

–Creo que esta conversación no nos lleva a ningún lado –dijo miss Wall observando incómoda a su alrededor.

–No nos lleva a nada porque usted y sus maestras no entran en razones. Pero le digo una cosa, miss: ese colegio Normal no tiene destino. Y yo misma trabajaré día y noche para que el mismo no progrese. Este país no necesita ese tipo de ridícula educación que ustedes pretenden: "laica, gratuita y obligatoria".

Y sin permitirles a las dos jóvenes responderle, la mujer dio media vuelta y se dirigió hacia la salida de la casa.

Tanto Mercedes como Frances Wall quedaron consternadas, y al ver las miradas indiscretas que se posaban sobre ellas después de la charla subida de tono, decidieron que era el momento de retirarse del velorio del angelito, no sin antes saludar con rapidez.

Ya en la calle, volcaron en comentarios lo que saturaba su corazón desde que habían comenzado las clases, unos meses atrás.

–¿Es que no logran entender que sólo perseguimos que esta ciudad tenga un buen colegio? –dijo la norteamericana.

–Ya lo entenderán, hay que darles tiempo, miss. Ahora lo único que nos queda es continuar con nuestra tarea de enseñar.

Apuraron sus pasos, pronto se haría de noche y dos mujeres solas no debían andar por la calle, si lo hacían corrían el riesgo de ser la comidilla de los chismes al día siguiente y ya bastante tendría la gente para comentar con la discusión de momentos antes.

Su marcha agitada las llevaba a ritmo impetuoso, cuando a la vuelta de una esquina se toparon con Juan Manuel Urtiaga, hacendado y abogado porteño, instalado en Córdoba desde hacía unos meses, enviado especialmente por el presidente.

La tesis universitaria de Ramón Cárcano sobre "La igualdad de los derechos de los hijos naturales, adulterinos, incestuosos y sacrílegos", que se oponía a los principios de la iglesia, había hecho poner los ojos de todo el país en la Universidad de Córdoba; el Vicario en la misma carta pastoral contraria al colegio Normal, había prohibido la lectura de dicha tesis. La iglesia sentíase agredida por los vientos liberales que corrían, y el presidente había enviado al doctor Urtiaga a observar en qué terminaba este jaleo y a participar en él de ser necesario, para que su gobierno, también liberal, no quedase mal parado.

El elegante hombre, con su imponente metro ochenta, las miraba entre divertido y sorprendido ante el choque que acababan de tener en la esquina:

–Perdón señoras... buenas tardes.

–Buenas tardes, don Manuel –contestaron las dos.

Mercedes no pudo evitar ponerse nerviosa, cada vez que se cruzaba con él, a la salida de misa o en algún evento social, los ojos de Urtiaga parecían traspasarla. Y no era fácil disimular, él no era un muchacho, era un caballero hecho y derecho.

–¿Necesitan que las acompañe? Las veo presurosas y la tarde ya casi acaba.

–Venimos del velorio de Danielito Martínez, y se nos ha hecho tarde –indicó miss Frances. Y añadió: –Pero por favor no es necesario que se tome la molestia –lo dijo pensando que sería peor el remedio que la enfermedad, si se dejaban acompañar por un hombre que no era familiar de ninguna de las dos.

Mercedes se limitó a asentir, la presencia de don Manuel la intimidaba.

–Como quieran, señoras. De seguro vienen de un momento duro, pero aprovecho... señorita Mercedes, la espero en la reunión de la Universidad del día lunes, uno de los temas a tratar será el colegio.

–Lo lamento, no creo que sea posible, la escuela se lleva casi todo mi tiempo –dijo Mercedes, haciendo honor a la verdad. Y miss Wall agregó:

–Sí, y los ánimos de los cordobeses están demasiado exaltados como para que vean a una de mis maestras en un mitin político. Sé que sus intenciones son buenas y agradezco su apoyo a nuestro establecimiento, pero entiéndanos.

–Claro que la comprendo, miss, pero recuerde que mi respaldo al colegio es incondicional, igual que hacia ustedes –dijo mirando fijamente a Mercedes–. No duden en hablarme si me necesitan.

–Gracias y buenas noches, don Manuel.

–Señoras, ha sido un placer encontrarme con ustedes –dijo con un gesto galante de reverencia a las damas, y se despidieron.

Unas cuadras más adelante, miss Wall le comentó a Mercedes:

–Querida, me parece que don Manuel te mira con interés. Aunque es un poco mayor para ti. ¿Qué crees?

La joven se tomó unos segundos para contestar. Claro que ya había notado cómo la miraba el hombre, también había visto lo atractivo e instruido que era. Estaba en la cresta de la ola de los pensamientos liberales que mecían al país. Pero ella sólo tenía cabeza para su trabajo: el colegio Normal. Y además recién acababa

de cumplir los veintidós años, y don Manuel de seguro pasaba los treinta y ocho.

–Miss, yo no creo nada, usted sabe que el proyecto del Normal se lleva todas mis energías. No tengo lugar para pensamientos de otra naturaleza.

Miss Frances sonrió. Los casi diez años que le llevaba a Mercedes la hacían un poco más sabia en estos asuntos. Y la muchacha no la engañaba: Manuel Urtiaga no era el único interesado en una relación.

Luego de unas cuadras miss Frances llegó a su casa, y Mercedes siguió sola unos metros más. Vivían muy cerca.

Ya en su hogar, sintiéndose al reparo de toda contienda, saludó feliz a su tía con un sonoro beso.

–Hola tiíta, ¿cómo sigue su pierna? –dijo Mercedes refiriéndose a los dolores de hueso que venía sufriendo la anciana en el último tiempo.

–Hola, querida, mi pierna sigue dolorida, pero hay cosas peores ¿Cómo estaba Pocha? ¿Ha sido muy duro?

–Lo llevaba con entereza, la convicción de que es un angelito la tranquilizaba bastante.

–Me imagino, pobre mujer. Ahora come algo, que cada día estás más delgada, y así no conseguirás pretendiente –le dijo doña María en alusión a su figura, que distaba mucho de tener toda la carne que la moda exigía. Su cuerpo delgado y sus piernas largas, no era precisamente el modelo femenino preferido por los hombres.

–Tía, deje ya de buscarme novio. Sabe que mi prioridad es la educación y en este momento la Normal ocupa el primer lugar en mi corazón.

–¡Cómo no lo voy a saber! ¡Si en misa todo el mundo me ha pedido que hable contigo para que desistas!

–Lamento decepcionar a esas viejas cascarrabias, pero no desistiré. Y no lo haré hasta que vea este país lleno de escuelas, donde

cada niño pueda estudiar sin importar cuál es su posición económica, social o su religión. A este país lo hacemos grande con educación para todos, como dijo el sanjuanino que no le quiero nombrar.

–Pues no me lo nombres, que él y yo aún tenemos nuestras diferencias por franquear –dijo aludiendo a la polémica figura del ex presidente Sarmiento–: Ahora cómete una humita en chala de las que hizo Eulogia y que te ha dejado al lado del fuego. ¡La pobre mujer ya no sabe qué cocinarte para que comas con ganas! –expresó refiriéndose a la criada que la acompañaba desde hacía años y señalando el brasero de cobre con brasas de leña que calentaba la casa, y que en los meses fríos se ubicaba en las salas de cada familia acomodada en la ciudad.

–No tengo hambre, ya he comido algo en casa de los Martínez, prefiero irme a dormir. Estoy cansadísima y mañana debo dar clases –y mientras decía esto, besó de nuevo a la mujer y se retiró en medio de las quejas de ésta.

Ya en su habitación comenzó a desvestirse. Se sacó el pantalonete de encaje, las tres enaguas de volados y el polisón, y al observarse con poca ropa en el espejo reconoció que su tía tenía razón. Si bien su rostro era armonioso y sus cabellos claros vistosos, estaba demasiado delgada. Recordó la frase de su tía, "no conseguirás pretendiente", y concluyó que su silueta no era precisamente el peor de los problemas; el inconveniente principal era el susto que provocaba a los muchachos que ella trabajara como maestra y ganara su dinero.

Se rio, no le importó. Y le vinieron a la mente el rostro anguloso y los ojos grises de don Manuel, pero arrancó esa imagen pensando en su escuela. El deseo de extender la educación en el país se le había metido hasta la médula y se había transformado en su prioridad. Un hombre y esa prioridad por ahora eran incompatibles.

Tal vez había sido por los cientos de libros que había leído, o por la soledad que sintió al morir sus padres en esa fatídica epidemia de cólera, cuando ella era sólo una niña y tuvo que ir a vivir con su tía, pero lo cierto era que estudiar y enseñar se había convertido en el centro de su vida. Y gracias a Dios su tía María, la hermana mayor de su padre, la apoyaba en esto como siempre lo había hecho en todo. La mujer, al recibirla en su casa a pesar de su soltería y de no entender nada de niños la había aceptado y amado. Y con el paso de los años, al día de hoy, era su mayor apoyo.

Todavía recordaba todo el afán que había puesto en sus años de estudio con las monjas, sabiendo que se preparaba para enseñar a otros. Nunca, ni aun de niña, por su cabeza había dejado de pasar la idea de que se dedicaría a educar.

Esa misma sed era la que la había llevado a vivir en Entre Ríos con una familia de conocidos durante un tiempo, hasta conseguir su título de Profesora en el Primer Colegio Normal de la República que funcionaba en Paraná y había sido fundado por inspiración de Sarmiento. Allí había conocido un nuevo concepto, fuerte y distinto, de la educación. Luego había vuelto a su ciudad para el proyecto del Normal cordobés. Y ahora allí estaba, embarcada en esto hasta la coronilla, pero feliz y entusiasmada. Se dio una última mirada en el espejo y se tendió en la cama, estaba exhausta.

Ya con la bata de dormir puesta, apagó las velas del candelabro de su mesa de luz. Recordó el rostro de algunas de sus alumnas, a quienes quería profundamente y para las que tenía grandes planes, e inmediatamente se quedó dormida.

CAPÍTULO 2

Influencias femeninas

Cuanto más dura una disputa,
más lejos nos hallamos del final
Samuel Butler

Por la mañana, Mercedes se levantó temprano y mientras Eulogia le servía el desayuno, leyó la misiva que había llegado el día anterior con una invitación para ella y su tía al té en la casa de los Cárcano. Esta era una de las familias distinguidas de Córdoba; sus propios padres, en vida, habían sido sus amigos íntimos. Mercedes reconocía que muchas de las relaciones que tenía, se las debía a ellos, que si bien estaban muertos, le habían legado un lugar respetado en la sociedad y hasta un buen pasar en lo económico; no tiraban manteca al techo, pero la buena administración de las propiedades dejadas por su papá, un médico progresista, les permitían vivir tranquilas a ella y a su tía.

Los Cárcano, sabiéndolas solas, siempre las tenían en cuenta considerándolas parte de la familia.

La madre de Ramón Cárcano organizaba esa tarde una tertulia. Desde su aristocrático comedor, doña Honoria apoyaba a su

hijo con té de mujeres y almuerzos paquetes en los que las damas cordobesas comentaban sus opiniones y se ponían al tanto de los pasos que daban el gobierno y la Iglesia, en la contienda que habían comenzado con la excusa de la tesis de Ramón. La pobre mujer, incondicional defensora del muchacho, desde que él presentó su proyecto no había tenido un minuto de paz; señoras que antes eran sus amigas ahora le daban vuelta la cara, y solo quedaban de su lado las parientes de liberales.

A Mercedes, que el día de la exposición de la tesis se había presentado en la Universidad, como muchos otros cordobeses, todavía le parecía ver a doña Honoria observando a su hijo hablar en el estrado con los ojos llorosos, mitad por el orgullo y mitad por no entender de dónde había sacado su retoño esas ideas que lo metían en medio de la tormenta y que ella esperaba no lo terminaran alejando de Dios.

Mientras Eulogia le servía más café, Mercedes decidió que luego consideraría si ir o no al té, todavía era demasiado temprano y necesitaba prepararse para ir al Normal. Debía llegar dos horas antes, esa mañana tendrían reunión todas las docentes con miss Armstrong, la Directora, y con miss Wall, la Vice.

Una vez reunidas en el colegio, maestras y directivas discutieron el tema candente: la clase de gimnasia que miss Wall daba a las alumnas.

La misma era terriblemente criticada, la pacata sociedad cordobesa consideraba inmoral ver moverse rítmica y violentamente a las niñas. En un principio nadie había dicho nada, salvo chistes maliciosos y comentarios mordaces. Pero ahora los opositores al colegio hablaban mal de la decencia de las estudiantes, y los padres de éstas habían planteado su preocupación a la Directora.

–Tal vez si acortamos la duración de la clase o la hacemos menos intensa sería una solución –propuso Natalia Tapia, una de las maestras.

–No creo que eso remedie nada, las murmuraciones seguirían igual. El grupo comandado por Teresa García está ensañado –contestó Antonia Alvarez, otra de las docentes.

–Además, no hay que olvidarse de que el gobierno no permitirá ningún cambio radical en el programa escolar, por lo que debemos ser cuidadosas –dijo miss Armstrong.

–¡Pero algo tenemos que hacer! ¡Corremos el riesgo de que algún padre asustado saque a su hija del colegio! –objetó Natalia.

–¡Seguiremos con las clases normalmente, eso haremos! –exclamó miss Wall, porfiada.

–Pues a mí se me ocurre una idea –dijo Mercedes radiante–: ¿Y si dictamos la clase de una manera más... más privada?

–¿Privada? –preguntó miss Armstrong.

–Sí, privada. Aún nos queda desocupado uno de los cuartos del edificio. Sólo tiene unos pocos trastos dentro. Podríamos acondicionarlo y dar allí espléndidas clases de gimnasia.

–Es una buena idea, Mercedes –dijo miss Armstrong, y entusiasmada agregó–: nos pondremos ya mismo en campaña, tal vez hoy podamos comenzar a usarlo.

Las mujeres pusieron manos a la obra y en poco tiempo el nuevo gimnasio estaba listo. Las clases de ejercicio no se harían más al aire libre sino en la privacidad de ese lugar, protegiendo así el decoro de las alumnas.

Mercedes, luego de dictar sus clases de aritmética y castellano, observaba en el nuevo gimnasio a miss Wall y a las jovencitas saltar con energía con los brazos levantados y las mejillas arreboladas, y el deseo de hacer lo mismo casi la dominaba. Le sobraban energías, pero decidió guardar su compostura y también las fuerzas para ir al té al que estaba invitada esa tarde.

Ya en su casa, preparándose para el evento dudó si ponerse su mejor vestido, el de tafetán azul con encaje blanco. ¿Acaso sería

algo exagerado? Recordó que muchas de las que irían al té pertenecían a lo más selecto de la ciudad. Y eso, sumado al comentario de su tía: "Para qué te los has comprado, entonces", la terminó de decidir.

Su elección recayó también sobre sus guantes y zapatos más elegantes, y el peinado le llevó casi una hora; largos bucles rubios caían sobre sus hombros y dejaban al descubierto su frente y sus ojos marrones de arqueadas pestañas.

Decidió no usar polisón, no era fácil soportarlo si pasaría varias horas sentada; pero sí apretó algunos centímetros extra su corsé. La imagen que le devolvió el espejo le gustó. Su cintura se veía verdaderamente diminuta.

La pasó a buscar en carruaje su amiga Antonia, también maestra del normal.

Una vez en el coche, aprovecharon para ponerse al día con algunos temas que no hablaban en su trabajo.

–¿Antonia, tienes alguna noticia del casamiento de tu primo Miguel? –preguntó Mercedes, pues el tema le interesaba. Los padres del muchacho eran compadres de Manuel Urtiaga.

–Parece que la boda de Miguelito está suspendida hasta nuevo aviso. No consiguen cura que la realice. Mi primo y sus padres apoyan abiertamente a Ramón Cárcano y al Colegio Normal, y discutieron con el vicario Clara y con el padre Pedro.

–¿Y la familia de la novia qué dice? Porque de lo que sé, ellos apoyaron al vicario en todo momento.

–Los padres de la chica andan de iglesia en iglesia buscando dónde hacer la boda. Por lo pronto, en la Compañía de Jesús no se hará, el cura les ha dicho que él no aprueba ese casamiento por ser el novio y los padres unos herejes.

–¡Qué barbaridad, pobres novios! Y pensar que ya habían repartido todas las invitaciones.

Para cuando llegaron a la casa de la familia Cárcano, un grupo de quince invitadas transformaba el comedor en una revolución.

Primero pasaron revista a las noticias familiares:

–Mariquita no ha podido venir, ya nació su bebé –informó una de las señoras jóvenes.

–Sí, lo sé. ¿Y tus niños con quién quedaron? –le preguntó Antonia.

–Pues con tres sirvientas, espero estén vivas. No es fácil cuidar a ocho juntos.

–¿Tu tía, por qué no ha venido? –preguntó doña Honoria, la madre de Cárcano.

–Usted sabe, su pierna no está bien –contestó Mercedes.

–Envíale mis saludos a María y dile que iré a visitarla.

–¿Y usted, doña Honoria, como está con tantos vaivenes? –se interesó Mercedes.

–¡Yo bien! Es a mi pobre Ramón al que atacan. Pero bueno, la oposición que le ha hecho el vicario Clara, ha terminado beneficiándolo en algunos aspectos. Su tesis sobre la igualdad de derechos entre los hijos ha sido reclamada desde todo el país, y aun del exterior, y la tradicional tirada de cincuenta ejemplares, se ha ido a más de mil.

Encarnación, su mejor amiga, que la observaba exclamó:

–¡Ay, Honoria no te hagas la valiente! Que te he visto llorar dos veces esta semana.

–Es que mi hijo se merece esas lágrimas y más. ¡Hacerle semejante guerra sólo por pensar diferente! –dijo con los sentimientos a flor a piel.

–Y a ti, Mercedes ¿cómo te va en el Normal? –preguntó doña Encarnación ansiosa de las últimas noticias a ese respecto.

–Las alumnas se comportan espléndidamente. Una es más excelente que la otra. Pero la oposición de la iglesia nos perjudica mucho.

–Sé que doña Teresa García está llevando una verdadera guerra santa contra el Normal, la veo todos los días al caer la tarde